

VIVIR DIFICULTOSAMENTE

En la época de la plenitud fascista se usó y abusó de una frase mussoliniana, por supuesto que mutilando el contexto a que pertenecía: la que exaltaba la importancia de vivir peligrosamente («pericolosamente»). Alguna mala imitación —truncada en su sentido— apareció en paredes de caseríos o cortijos españoles, fruto de la ingenuidad o del celo poco culto de alguna jerarquía rural. En esto de las frases altisonantes que se convierten en boomerangs nadie puede tirar la primera piedra al prójimo, porque hay que ver las consignas o frases no sólo de los países antes llamados de «allende el telón» o del «Tercer Mundo» —jóvenes o exaltados—, sino en muchas sesudas democracias euramericanas con alto índice cultural, succulentos restos de pasados imperialismos y elevados porcentajes de renta.

Pues bien, la frase mussoliniana se ha hecho no tópico, sino realidad, universalizada en la década de los setenta, por cuanto se refiere a las relaciones internacionales, y en detalle, a las políticas exteriores de los Estados y de los bloques. Quizá resulte menos alarmista sustituir peligrosamente por dificultosamente; la esencia de ambos conceptos surte efectos muy parecidos. No hay cancillería tranquila ni a la que esté permitido el sesteo o la buena digestión. No hay estadistas que, pese a las apariencias y a los beneficios del poder, puedan llevar lo que nuestros abuelos llamaban «una buena vida». Y no hay diplomacia capaz de repetir la vieja imagen teatral que suponía el mundillo de los embajadores y los congresos, imitando el de Viena de 1815, tal como nos lo presentaron autores teatrales y productores de cinematografía; porque los que lo vivieron sabían que tuvo muy poco de plácido. Plácidos no lo fueron los interminables de Münster-Osnabünck, ni los entremezclados de Utrecht, ni dando un salto, el de Versalles de 1919, ya que en esta segunda posguerra mundial no hemos tenido nada equivalente (lo más próximo fue la modesta reunión de París en 1947 para los satélites europeos, o la ruidosa Conferencia de San Francisco de 1951 para el Japón). Ni siquiera la creación de la ONU fue saludada con grandes animaciones, entre otras cosas porque

aún pendía la guerra del Pacífico. Digamos en compensación que de 1947 a acá ha pasado con creces un cuarto de siglo sin el temido conflicto universal y que los fastos versallescos de 1919 no nos trajeron el «mundo seguro para la paz y la democracia» que auspiciaría Wilson, sino a los veinte años, la Segunda Guerra Mundial. Y lo escrito vale para todas las Cancillerías. Desde España puede envidiarse con superficialidad la «calma» de la Cancillería helvética—ejemplo inválido y que capea silenciosas tempestades—y la de las escandinavas (tres «otánicas», otra neutral, otra neutralizada, de forzosa inclinación a Moscú). O la de Costa Rica—afectada por la crisis de la AECA—, porque al Uruguay le han sacado del anonimato los tupamaros, y hasta Kuwait y Sikkim han sentido ruido de tanques o fusiles en sus pequeños territorios.

* * *

No, no hay tranquilidad y se vive casi al día—lo que no excusa, sino que impone prepararse ante el futuro predecible—entre novedades desagradables, problemas graves de no rápida solución, y con excesiva frecuencia, una «crisis» de mal cariz. Con la agravante de que, atenuada la vieja distinción entre lo interno y lo externo, a Portugal, por ejemplo, se le combate su ultramar más que en el Rovuma o el Geba, en Nueva York y en Lisboa, por los últimos «bombistas». Y mientras París sonríe por el éxito de su política francófona (mejor, francoeconómica), tapando la mirada de los Afars-Issa, el escándalo se centra en los centros universitarios. Londres se mantiene en Belice y Hong-Kong, pero convive con las huelgas y la matanza en sus «seis condados» ulsterianos. En fin, el omnipotente Tío Sam se entretiene «at home» con el black power y las minorías marginadas que han pasado a la violencia; y fuera de casa sufre un contratiempo en Panamá, polemiza con los europeos «comunitarios» y no acaba de encontrar el medio de olvidarse de Indochina, pese a haber salido oficialmente de Vietnam. Si esto sucede a los «grandes» del Oeste, los del Este—que callan mejor ante el exterior sus problemas—se entretienen, inter alia media, concentrando divisiones a lo largo del Ussuri, por ejemplo. No, el mundo nuestro es el de la inseguridad diplomática—la abolición práctica del famoso pacta sunt servanda y sus derivaciones—y el de la proliferación de las actitudes encontradas, que acarrearán en los foros internacionales—la ONU en cabeza—resoluciones parciales, contradictorias y cuando menos inaplicables. Una de

las fuentes de equívocos y entuertos, que parece raro que aún subsista, es la de la descolonización, que es agitable según los casos—no en Goodhavn ni en Agaña, pero sí en Luanda o Güera—con sus secuelas: el derecho de autodisposición de riquezas y de autopromoción, tópicos un tanto escandalosos, cuando están claros dos principios: 1) con todo el peligro de egoísmo o abuso, sin los «ricos», es decir, los desarrollados; los «pobres», es decir, los otros, muy heterogéneos, no son capaces de superar el círculo vicioso atraso=pobreza=subdesarrollo. Incluso si tienen la llave de fuentes energéticas: el petróleo; 2) los subdesarrollados, sobre todo los recién emancipados, parecen haber aprendido lo peor y no lo mejor de sus ex tutores y de sus ex tutelas. Recuerdan de lejos a aquellos ingenuos ácratas del sur hispano que en el siglo XIX enarbolaban la bandera de «la vuelta de la tortilla»: tras de desposeer y ahuyentar al extranjero—capital, técnica, a veces modestas gentes que aportaban su sudor a la vida del nuevo Estado—, siguen arremetiendo contra ellos o contra terceros porque no se ha operado el milagro de transformarlos en opulentos desocupados, al faltarles los clásicos medios de trabajo, disciplina y austeridad. Y como los bohemios decimonónicos que ahogaban sus penas en alcohol, prosiguen sus reivindicaciones y quejas inacabablemente. Si además tienen acuciantes problemas internos, entonces el criterio se acompaña de gestos o tentativas violentos. Los afectados afrontan el temporal como pueden: sin solidaridad ni paralelismo—verdad es que los problemas son heterogéneos y exigen tratamiento variado—, y ahí está el egoísmo occidental, dejando solo a Portugal, al que llaman, en cambio, en la OTAN.

* * *

Lo que está claro es que ante un tiempo tan poco reposado y tan escasamente propicio a la lógica o a las pautas genéricas, muchas cosas pueden excusarse a las diplomacias acosadas o sorprendidas, pero no algunas. La multiplicación de la sorpresa o del reproche romántico («ingritud») es como la reiteración de la esperanza utópica. Sufrido un embate, parece que hay que seguir esperando, y sin plazos claros para preparación, otros peores. Los propósitos idealistas, desmentidos por el crudo contraste con las realidades, tienen que revisarse a toda prisa. Amigos son los que sirven y corresponden, estén donde estén y cualesquiera que sean sus móviles—ninguno

generoso—y hasta sus inconvenientes, que siempre los habrá en forma de riesgos o contrapartidas. Todo es cuestión de valoración, balance y precaución. Los demás, los de palabras huecas y hechos—u omisiones contrarias a los compromisos—, no sirven; estorban. No se pueden repetir en 1973 los tópicos de diez años antes. Bonn sacrificó mucho en aras del realismo: el sueño de la *einheit*. Estados Unidos, con la diplomacia del ping-pong y los acuerdos de 26 de mayo de 1972, sacrificaron más. Incluso Londres, en el momento preciso, sacrificará bastante en Belfast. Los españoles somos un maravilloso pueblo a la hora de definir bellamente nuestros ideales exteriores: paz y colaboración, «marcha hacia Europa», peninsularismo e hispanoamericanismo, amistad vecinal, arabofilia, etc. Pero tenemos que ser un pueblo guiado por quienes conozcan la materia hacia las realidades que impongan las iniciativas ajenas, incluso con temporal rectificación o matización de los conceptos sonoros. De poco parecen haber servido los buenos deseos—y las concesiones reales y sustanciosas—hacia Marruecos, por ejemplo. Como no sea de aperitivo antiespañol. Pensamos si proporciona ello motivo de rápida reflexión y adecuación, no retórica. Dura, para no decir hostil, es la faz económica de la Europa de los Nueve. Para los discriminados, preparación para afrontar tal postura—por limitados que sean los medios—es imperativo. Retóricas parecen algunas opiniones individualizadas sobre los efectos de algunos aspectos en las relaciones hispano-yanquis; preferimos los pintorescos pero sinceros «caballeros de Brandenton» a los personajes que «hablan dulce y obran agrio» (o no hacen), según la frase de Martí. Pues amables son siempre los discursos y las manifestaciones internacionales en entrevistas o visitas. Pero si el que ahora se llama «Departamento de los Pirineos Atlánticos» (antes Bajos Pirineos) es el santuario invisible de cierto terrorismo, ¿qué queda de las aproximaciones y las promesas simultáneas? Tan relativo es todo, que casi agradecemos a Londres los buenos modales con que en público expresa su intransigencia sobre Gibraltar, que así no engañan a nadie. La franqueza parece andar ahora más cerca del meridiano de Greenwich que de esas urbes mediterráneas, ineficaces para luchar en común contra el enemigo proclamado—y cuyo desconocimiento en casa se cuarteja a empujones de los hechos—, para aportar, en distinta escala, un ingrediente verbal a la malevolencia transfretana. Todo es dudoso—hasta un cierto momento—para la mente sencilla de Juan Español, no tan informado como los que dirigen los hilos de las políticas exteriores, pero bastante lógico en sus apreciaciones.

VIVIR DIFICULTOSAMENTE

Vivimos dificultosamente el momento internacional. Todos los países en grado variable. España no es excepción, ni hay por qué dulcificar la realidad. Hay que adaptarse a ella. Actuar adecuadamente con los medios propios y procurar que éstos crezcan, y no lo de quien arremete contra la buena voluntad hispana, interpretada como desorientación o resignación. Juan Español sabe que todo no sale a gusto del que cree tener o tiene razón; lleva siglos de injustos contratiempos sobre sus espaldas. Pero sabe también que la confianza en el buen sentido, en la promesa amable o en la equidad ajena es ilusoria. Y que el que no da ejemplo de su deseo de hacerse respetar sufre peor trato que el otro. Sí, en 1808 resistimos contra toda lógica. Y en 1898 fuimos a la «guerra imposible», cuando —oficialmente— sólo se nos pedía lo que ya estaba casi consumado: el desprendimiento de Cuba, muy agrandado por la paz. Dentro de nuestro solar no rehuimos la supremacía en 1936. Acaso la firmeza clara —preparada, razonable y respaldada— sea el más pacífico de los procedimientos para que vivir dificultosamente no se transforme en algo más doloroso. Esto no es ningún pensamiento exclusivo para el caso español. Es receta en uso por muchas Cancillerías, que saben lo que se hacen, frente a las que, juzgando mal al prójimo, creen también saberlo todo.

J. M. C. T.



ESTUDIOS

